

llada a la que vosotras tenéis que buscar para conocer a fondo si su espíritu responde a la formación religiosa, nacional-sindicalista y doméstica que nosotras hemos querido darle.

Estamos en un momento en que las circunstancias no nos ayudan. Por un lado las dificultades de orden general; por otro, la falta de facilidades para inspeccionar los pueblos, y por último, lo trabajado de la enseñanza perfecta del Nacional-Sindicalismo.

Así pues, voy a deciros cuáles son vuestras obligaciones de Jefes respecto a estos tres casos:

En el primero es necesario que vosotras les presentéis a las camaradas la situación con toda su crudeza para que sepan el por qué de las cosas que pasan, y para que no se mengie en ellas la fe con las privaciones y las sanas dificultades que la guerra nos ha impuesto.

La Falange siempre ha hablado a sus afiliadas con la verdad, por eso sería absurdo quererles presentar ahora a las camaradas un panorama halagador. El disparate de hacerles concebir un optimismo inconsciente del que se burlarían nuestros enemigos, eso no lo haremos.

Que vean, sí, que nos damos cuenta de lo difícil de la situación, pero que, sin embargo, les hacemos frente, aún a sabiendas de que las culpas no son de la Falange ni de sus Jefes.

La habilidad vuestra consiste, principalmente, en hacerles ver a las camaradas que la Falange de estos males puede sacar bienes superiores, y en demostrarles con el ejemplo, que si les falta pan, aceite y azúcar, las primeras en renunciar voluntariamente a estas cosas para que vivan mejor los demás sois vosotras.

La moral del sacrificio y fe en los mandos.

Tenéis también que formar en las camaradas una moral de sacrificio. Tenéis que hacerles concebir una fe absoluta en los mandos, que tiene en sus manos la solución de los problemas, y tenéis que decirlas que si debido a la guerra nuestra y a la guerra internacional, no marchan del todo bien las cosas, en cambio, este sacrificio nos trae otras compensaciones, que para la Falange son tan sabrosas como el pan. Así le diréis que Tánger, que no era de España, ya es español, y que, en cambio, nunca ha llevado España una vida más falta de ambición ni más aficorta que cuando la abundancia llenaba sus torres. Para que comprendan que la grandeza no se consigue más que a fuerza de sacrificios, y ya veréis cómo puestas a escoger entre los dos bienes, el material y el espiritual, escogen siempre el espiritual, porque si no no serían falangistas.

Me diréis que al que no come lo suficiente no se le puede ir con ninguna clase de historias, pero los españoles tienen un temperamento que muchos, ante el anuncio de la libertad y de la grandeza de la Patria, olvidan por un momento que su cuerpo está desnudado, más aún si son los que han ido a la guerra, porque bien decía José Antonio: «Nadie se juega nunca la vida por un fin material. Los bienes materiales comparados unos con otros se posponen siempre al bien superior de la vida.»

Y si el Ejército y los camaradas, tanto Falangistas como Tradicionalistas, han ido a la guerra, no la han sido para vivir mejor, sino porque se nos deshacía la unidad de la Patria.

Lo que tenéis que hacer también en este caso con respecto a vuestros Jefes, es inquietarlos continuamente con vuestra angustia, para acuciarlos a que resuelvan lo más pronto que puedan, y en cuanto esté en su mano, esta situación que nos quita la alegría.

Vienen después los pueblos. En las ciudades, por la mayor facilidad de propaganda y de medios culturales, más o menos todo el mundo sabe ya a qué atenerse: pero los pueblos están solos, perdidos en su ignorancia. Nadie les habla, nadie les repite estas cosas que nosotras hemos oído y que son la misma vida de España.

La labor de formación no puede hacerse desde un despacho de la Provincial, tenéis que ir personalmente al pueblo, y allí aleccionar y vigilar a todas las camaradas, que cada una, según sus conocimientos, ha de intervenir en la educación de las demás. Me diréis que es difícil llegar hasta los pueblos. Ahí es precisamente donde está lo trabajado de vuestra misión de este año. Pero tenéis que ir a ellos, si no se puede en automóvil, por la falta de gasolina, iréis en tren, y si no a caballo, que para eso sois jóvenes. Si os tenéis que quedar a dormir una o dos noches en cada pueblo, os quedáis, porque es preferible perder dos días en la Provincial que abandonar los pueblos.

De nada sirven los cursos de Jefes locales, ni los de Maestras, ni los de Divulgadoras, si vosotras no estáis encima de ellas. Os tienen que conocer las afiliadas de los pueblos, tenéis que llegar a ellas con la pureza de nuestra doctrina para que no se pierdan en la confusión ni se abandonen en la ociosidad. Tenéis que unirnos a ellas en la Misa del Alba y acompañarlas al ponerse el sol detrás de los montes. Que tiempo sobrado tenéis para dedicarlo a la ciudad.

Hay que llegar hasta la última aldea.

Yo os digo que no tiene una visión total de su misión de Jefe, aquella que se contenta con organizar la capital de su provincia. La verdadera Jefe llega con su presencia hasta la última aldea, hasta la linde de su provincia por el Norte y por el Mediodía, por el Oriente y por el Occidente, para que hasta en el pueblo más apartado perciban, claras y precisas, estas palabras de José Antonio: «España no se justifica por tener una lengua ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal: España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo Universal.»

Este año hemos organizado los cursillos de Jefes locales para facilitar vuestra labor; pero si a estas camaradas preparadas a fuerza de sacrificio, las dejáis en el abandono de su aldea, poco a poco se irá perdiendo todo el fruto que con esta

preparación hayan conseguido, y será vuestra la culpa de que se dejen guiar por personas, incluso ajenas a nuestra Organización, a las que tendrá que recurrir si vosotras no les habéis dado ya las normas claras y precisas para cada caso.

Y, por último, la enseñanza del Nacional-Sindicalismo. He dejado esto para el final, como lo más importante, porque de la fiel transmisión de la Doctrina depende la vida de la Falange.

Si os hubierais alistado en otro sitio, quizá os dijeran ahora: Ya habéis trabajado bastante; os habéis portado bien, camaradas; por lo tanto, es hora de que descanséis. Eso, en definitiva, no sería más que una posición blanda frente a la lucha y una falta de fe en la Doctrina y en vuestra vocación.

Precisamente porque creemos en vosotras, queremos daros la alegría de deciros que este año vais a tener que trabajar más, y que vuestra tarea va a ser tan dura que, más que vuestro cuerpo, será vuestro espíritu el que lo soporte. Pero conforta tanto el sentirse metido de lleno en una misión, que eso os compensará de vuestros trabajos. ¡Es tan bueno ir despertando en nuestros semejantes de nuestra propia voz y con nuestro propio ejemplo curiosidad primero y servidumbre después hacia nuestra fe!

«Por eso miro, decía José Antonio, lo que vale el haber encontrado la vocación, y sé que no hay aplausos que valgan, ni de lejos, lo que la pacífica alegría de sentirse acorde con su propia estrella: sólo son felices los que saben que la luz que entra por su balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo.»

Por eso nosotras, que felizmente hemos acertado con nuestra vocación, que estamos convencidas de cuán cierta es esta verdad que nos llena la vida, tenemos que difundirla por todos los medios hasta que llegue al último hogar de la Patria. Para que así, transmitida por la madre de una a otra generación, sea ya en adelante, después de la Religión, la substancia más importante de la vida de una familia.

Nosotras queremos, como es natural, que España sea Nacional-Sindicalista. El ser Nacional-Sindicalista no consiste en saberse de memoria ni en recitar de carrerilla los discursos de José Antonio. Consiste en tener «este modo de ser» que es el que nos distingue con ventaja de todas aquellas personas que no son falangistas.

Parece una contradicción el deciros que queremos que enseñéis a las gentes este modo de ser, cuando en realidad el modo de ser no se enseña, sino se tiene o no se tiene, como se es rubio o se es moreno sin que intervenga para nada la voluntad.

Pero es que aunque esto sea así, aún hay una manera de adquirir un modo de ser que no exista en uno y es por medio del amor que nos lleva a desear y querer nuestra identificación con aquello que amamos. Por eso, otro de vuestros caminos es el de conseguir que la gente se enamore de la Falange.

Ya sé que cumpliréis bien esta misión, porque sentís dentro de vosotras lo que vais a enseñar. Lo sentís porque lo amáis. Las mujeres siempre se mueven por razones amorosas y la Falange es una manera de amor.

Hallazgo de la verdadera falangista.

Así pues, vuestro principal cuidado de Jefes debe consistir en ir descubriendo a las personas que tienen o que consigan este modo de ser, y después poner en sus manos los puestos de confianza, porque si es muy apreciable la inteligencia y otras condiciones que puedan tener los mandos, es imprescindible, y como primera condición, que sean falangistas, porque si llega un momento difícil, yo os aseguro que os responderán siempre las que tengan esta manera de ser, y su espíritu sabrá suplir en muchas ocasiones otras cualidades que le faltan.

Este cuidado de la enseñanza del Nacional-Sindicalismo no lo debéis poner en manos de nadie, porque son contadas las personas que lo entienden y ya de éstas tiene buena cuenta la Nacional para que os ayuden en vuestros trabajos. Es mejor que vosotras mismas se lo expliquéis a las camaradas como lo entendáis y a vuestra manera, que no encomendárselo a algunos de los que yo he oído explicar, que cogen, eso sí, las palabras más importantes de nuestro vocabulario, el alma, el amor, las estrellas, el Imperio, pero que no dicen nada que tenga que ver con la Falange.



Presidencia del Acto de Inauguración durante la lectura de

Desde el momento en que se os ha nombrado Delegadas Provinciales es porque os creemos portadoras de este modo de ser y capaces, por lo tanto, para transmitirlo a las demás afiliadas.

Esto no quiere decir que queramos hacer de vosotras el tipo detestable de la oradora. Nada más contrario a lo nuestro que la antigua mujer parlamentaria, desgastándose en los escenarios para conseguir votos.

Por el contrario, todos los días le debíamos de dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque si lo tuviéramos quién sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirlo en las plazas.

Nosotras, sencillamente, y como quien enseña una lección, es como tenemos que explicar a las camaradas, que así es como ellas nos entienden. Como enseñaríamos a nuestros hijos alrededor de la mesa y teniendo en cuenta que no sólo con las palabras es como se convence, sino con el ejemplo constante y la buena conducta.



Aspecto del Salón de Ciento durante el acto de la inauguración del V Consejo.